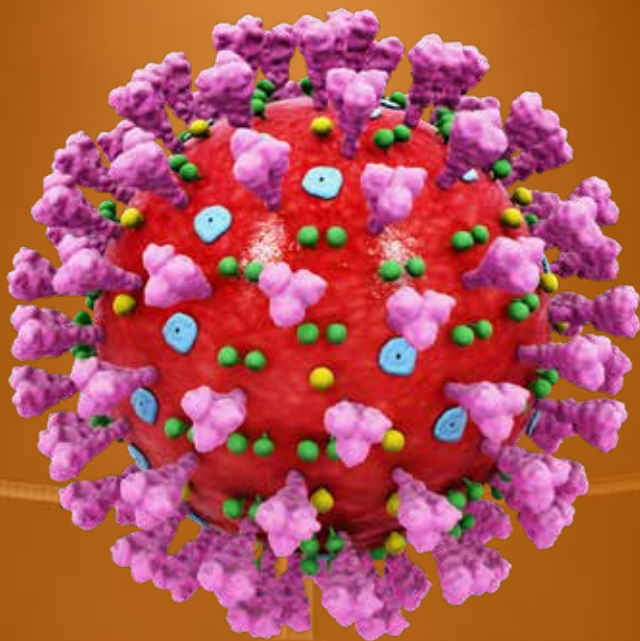


CONCURSO SEMANAL DE CRÓNICAS DE UN VIRUS SIN CORONA



Jesús Alberto Prieto Luna
Fernando Márquez
Vanessa Lizárraga Juárez
Guido Astolfi

Verónica Alvarado
Antonio Pérez Martínez
Félix Huerta

UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno

Cultura
UACM

PUBLICACIONES

Cuarta semana
del sábado 11 al viernes 17 de abril de 2020

Resultados

Reunido el domingo 19 de abril de 2020 entre Cuernavaca, Mazatlán y Lille (Francia), el jurado calificador del premio de «Crónicas de un virus sin corona», compuesto por la poeta Alejandra Atala, el escritor Juan José Rodríguez y la investigadora Cathy Fourez otorga el primer lugar a Jesús Alberto Prieto Luna. Su texto «Un día más es un día menos» pulsa con un contrapeso metafórico y un agudo imaginario la experiencia íntima de la reclusión y del confinamiento. El jurado premia también «Un sueño colectivo» de Fernando Márquez (segundo lugar) por la elocuencia y claridad de su escrito, narrado en segunda persona a través de un pensamiento delirante bien logrado; y «Reyes sin corona» de Vanessa Lizárraga Juárez (tercer lugar) por su sutil y lúcida inmersión en existencias excluidas del sistema de protección sanitaria; y atribuye una mención honorífica a Guido Astolfi, quien, con su narración «Del doctor y su labor», registra con una confinidad paródica el repudio al otro.

Dada la calidad narrativa y el contenido de las crónicas, el jurado desea además destacar el aporte testimonial de los relatos de Verónica Alvarado «La existencia del tiempo», Antonio Pérez Martínez «Mobilis in Mobili» y Félix Huerta «A la sombra del Charal».

Crónicas de un virus sin corona

Jesús Alberto Prieto Luna
Fernando Márquez
Vanessa Lizárraga Juárez
Guido Astolfi

Verónica Alvarado
Antonio Pérez Martínez
Félix Huerta

Ganadores de la cuarta semana
del 11 al 17 de abril de 2020

UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno

Cultura
UACM


PUBLICACIONES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

ENCARGADA DEL DESPACHO DE LA SECRETARÍA GENERAL

Aída Patricia Arenas Chiang

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Marissa Reyes Godínez

RESPONSABLE DE PUBLICACIONES

José Ángel Leyva

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

DIFUSIÓN CULTURAL Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Dr. García Diego, 168,

col. Doctores, Alcaldía Cuauhtémoc,

06720, Ciudad de México

Primer lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Cuarta semana

Un día más es un día menos

Jesús Alberto Prieto Luna

*Si quieres conocer una sociedad,
visita sus cárceles*

Dostoyevski

En prisión, camino sin miedo a la muerte. Pero, el temor por la vida de los que quiero se manifiesta como una invitación, a revolcarme en un inmenso averno propio, que me hace lidiar con demonios flagelantes de imposibles redenciones. Voy desafiando a cada instante el riesgo de contagio por ideas, virus, microbios, insectos u objetos infecciosos, independientemente de la higiene mental y sanitización que me procure. Aun así creo firmemente en mi desarrollado y aguerrido sistema inmunológico mutante, capaz de libe-

rarme de los males que constantemente aquejan mi cuerpo. La magia y espiritualidad suelen ser ese remedio infalible contra enemigos invisibles como el coronavirus. Pero en realidad, es el ejercicio de la masculinidad construida bajo el patriarcado heteronormativo, que no permite apegos ni demostraciones emocionales, lo que me reviste de ese aire inquebrantable. Así fue que me convertí en el portador asintomático de mis cientos de negadas aflicciones y tragedias personales. Para mí el encierro, aislamiento, distanciamiento y olvido, han sido una obligatoria forma de vida. A pesar de esto, encuentro sentido dando bocanadas al tiempo etéreo que se esfuma, produciéndome un fuerte alivio placebo dentro del efecto mariposa, suficiente enervante para seguir adelante. Hace unos días entraron a la cárcel unos tipos cargando pequeños tanques que despedían vapores para sanear los dormitorios, todos abandonamos por un momento las jaulas para observarlas desaparecer dentro de una anti-séptica bruma, mientras tanto, siguieron pasando las lunas, el humo de Guayaquil produjo oscuros velos que cubrieron de amargura los cielos fisurados y días eternos que no

terminan. Si eso está sucediendo allá afuera, también pasará aquí adentro.

A partir del 20 de marzo 2020, oficialmente el Covid-19 puso freno al tren del progreso para México, en otros países ya lo había hecho. La actividad humana se limitó a las 4 paredes del confinamiento forzado o voluntario, fui observando con asombro en los telediarios, cómo la gente al exterior se fue integrando al exilio, convirtiéndose en presos de sus miedos similares a los sujetos que habitamos la cárcel. La diferencia radica en que las «sociedades de consumo y mercantilismo moderno», viven y han vivido sus arrestos domiciliarios, tecnológicamente acompañados y controlados por la *cybertecnovigilancia*, adornada por vetas definidas de autoritarismo totalitario, camufladas entre la emergencia sanitaria.

Han pasado los días, las noticias me sacuden para hundirme en un complejo-reflexivo letargo. Carcajadas majaderas, albures prosaicos, tejidos altisonantes pro mentadas de madre. Clásicas formas de expresión en el medio ambiente carcelario, son silenciadas por voces en tono solemne pro-

venientes de la radio, enunciando cuantificables manifestaciones de contagio y muerte. Escucho atento cómo las compras de pánico en toda la orbe, realizadas por la población automatizada, no bastan para sostener el sistema capitalista atroz bajo el que hemos estado viviendo. La adquisición voraz de armas de fuego en USA pone en evidencia el miedo al otro y el individualismo de los ciudadanos aspiracionistas a la permanencia voluntaria y la colonización extraterrestre. Ya no quiero escuchar más las noticias, siento asco, ¿qué hemos hecho? ¿qué estamos haciendo? ¿qué pasará con las almas de esos muertos abandonados en las calles? y ¿con los espíritus de la gigante fosa común en Isla Hart? ¿qué pasará cuando el virus se cuele entre los muros? escurra por los barrotes oxidados de cada celda y se le antoje dar paseos por los pasillos oscuros e insalubres de la prisión, que le ofrece un rico caldo de cultivo. Como ya pasó en el penal de Cuautitlán.

El insoportable hartazgo que provoca el paso denso de los días transcurridos en el encierro, echa a volar la imaginación hacia varias direcciones, amplificando la dolencia,

dibujada entre sonrisas fingidas que pretenden ignorar lo que pasa y las sospechas de conspiraciones secretas, maquinadas desde los poderes hegemónicos en turno. Los experimentos *psicosocioantropológicos* elaborados en las redes sociales, y las *fake news*, siembran el pánico mórbido de los cibernautas, ¿gente libre? ¿cómo harán para identificar una noticia falsa?. Aunque bien se sabe que no hay verdad absoluta, y que las realidades son manipuladas al igual que las masas, hay quienes disfrutan el consumo de toda clase de falacias. Los días pasan, el jinete apocalíptico de la muerte avanza, llevándose no solo a nuestros viejos, galopa escupiendo cuerpos como si fueran basura o desechos, *Bio Hazard*.

Noches extendidas, acarician el insomnio de insueños hacinados sobre la plancha en que pernocto, ataviado con lecturas de «sopa de Wuhan», racionalismo positivo científico, lecciones de derecho y las tremendas profecías de Verne, Philip K. Dick, Orwell y H.G. Wells, narrado por el ciudadano Kane. La celda huele a cera derretida, derramada por las velas encendidas que ofrecen luz y guía a todos mis

muertos, una plegaria profunda se eleva inaudible, proveniente del corazón, dirigida a dioses distantes. La condición de ansiedad acompañada de sudor y fatiga ocasionada por los saltos errantes del pensamiento analítico, me orilla a sacar la cabeza a través de los barrotes para tomar un poco de aire fresco, puedo ver entre las sombras de la noche y la deslumbrante iluminación de un par de reflectores, que giran desde las torres de vigilancia, una majestuosa lechuza planeando con las alas abiertas, recuerdo las palabras de mi abuela: «cuando la lechuza canta, el indio muere». Los chillidos emitidos por las ratas que juegan encima de la basura amontonada sobre los pasillos, convertida en su parque alimenticio de diversiones, me trae a colación una idea: las transmisoras de la peste y los transmisores del covid-19. Ratas y murciélagos, son primos, ¡me lleva!. Mejor enciendiendo un cigarrillo y dejo de pensar estupideces, en mis dedos puedo ver las manchas de nicotina, porque ya casi amanece. Se nos ha hecho creer que la vida siempre ha tenido precio, que algunas personas valen oro y otras, solo se comparan con el lodo. Aun así sobre ese material fangoso, se autoa-

firman las superioridades que nos dirigieron a abrazar las amenazas latentes de nuestra extinción como especie. Sobre el barro se erigen ciudades que darán cabida solo a cierta clase de habitantes. Yo soy maíz y lodo, hijo de la tierra, parte de ésta, de todo lo existente en ella, de lo que vibra más allá de sus fronteras, estoy interrelacionado con otras especies animales y con el viento, bosques, ríos, mares. Espero que las cosas cambien para escapar de las normalidades asfixiantes que me sugieren lavar culpas y responsabilidades con gel antibacterial, cloro y materiales tóxicos para el planeta, analgésicos que corrompen la memoria y conciencia esperando a que se cumpla la sentencia.

!Aún respiro!, en el aire se mezclan la adrenalina y la indiferencia. Cuando sangren las estadísticas y este virus concluya su purga, hallaré las respuestas a mis cuestionamientos existenciales. Mientras tanto, viviré resistiendo desde la invisibilidad de la zona de olvido, seguiré siendo un número estadístico en el imaginario colectivo del castigo merecido y «justo» encierro.

No sobreviven los más fuertes, sino los que mejor se adaptan. Así que, usaré como escudo mi cuerpo estigmatizado, seguiré caminando con la mascarilla del mal en mi rostro desafiante, transfigurado por la pena desbordante, hay que avanzar inflando el pecho y sin miedo, porque un día más es un día menos.

JESÚS ALBERTO PRIETO LUNA. Realizó el diplomado en lenguaje y realización cinematográfica por Cinemática *Film School* en la Ciudad de Oaxaca. Desde el año 2011 sus coordenadas geográficas son dormitorio 6, zona 3, estancia 5 en el Reclusorio Preventivo Varonil Norte, donde estudia la Licenciatura en Derecho en el Programa de Educación Superior para Centros de Readaptación Social (PESCER) de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). En el año 2019 ganó el segundo lugar en el 5º Concurso Estudiantil Universitario de Cuento Cuauhtemoc, realizado por la UACM.

Segundo lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Cuarta semana.

Un sueño colectivo

Fernando Márquez

«En el sueño colectivo más raro que se ha soñado, se soñaba la gente haciendo las cosas que habitualmente ha hecho: llenando las plazas, las playas, los parques. Lo soñaban desde las azoteas, desde los balcones, desde sus sillones». Escribiste en tu cuenta de «fesibuc», y amarraste las correas de tus zapatos. Después, te armaste de valor y saliste a la calle.

Están los mismos callejones y los mismos perros flacos. Hallas también muchas de las caras largas de siempre. No son rebeldes, no disiden, no enarbolan ninguna bandera anticapitalista... No, salen para conseguir el pan de cada día.

Un camión de doble remolque ha sido acondicionado para dar alimento a los pobres, y las filas son interminables y tristes. Una mujer abraza a dos pequeños —son sus hijos,

quizá—. «Falta poco», musita mientras te mira a los ojos. Bajas los tuyos como avergonzado por haberte inmiscuido en ese cuadro de familia.

¿Después de esto a dónde iremos?, te preguntas y continúas tu camino a ningún lugar. Las avenidas están poco transitadas y una prostituta casi anciana ofrece sus servicios a plena luz de día. Te sonríe con sus desdentada y poco agraciada risa. No hallas nada coqueto en la imagen, pero regresas la sonrisa. Giras rápido la cabeza, y caminas apresurado, como si tuvieras que llegar a un lugar, como antes (antes había siempre un lugar a dónde ir, ¿sí, verdad?).

En tu camino encuentras mudas cortinas de acero cerradas una tras otra. Solo hay un anciano que vende mangos. «¡Cómprale uno, cabrón!», te regañaste y diste unos pasos en dirección al señor. «¿Si habrá desinfectado la fruta, el cuchillo...? ¿Cuándo fue la última vez que lavó sus manos aquel hombre?», te preguntabas y titubeabas ya con la fruta en las manos. «¡Trágate el puto mango, chingá!», y lo hiciste, y lloraste, y corriste...

Llegaste a los parques y calles conocidos. «Nada de esto volverá a ser igual», piensas. Algo en la memoria de la vida ha quedado lacerado para siempre. Como si el miedo se hubiera implantado en nuestros genes más hondamente de lo que podría hacerlo virus alguno.

Regresas tus pasos por el mismo camino andado para hallarte con el mismo anciano —que seguramente no ha vendido ni venderá nada más que lo que le has comprado—. La prostituta ya no está en su esquina, pero sí en la fila para la comida, va detrás de los obreros, de otra madre, de otros hijos... Todos esperan.

Has regresado a tu casa. Restregas tus zapatos en un charco de cloro y lavas con jabón Zote tus manos, más de lo habitual. Subes en tus brazos a uno de tus perros. «Lo estarás llenando de virus», piensas y te sientes culpable. El día se acaba y hay que ver las malas nuevas en la tele. «Mañana iré por otro mango. Pero éste sí me lo comeré con calma», dices y, sin que lo sepas, la luna llena ilumina como nunca el techo de láminas de tu cuarto. La vida sigue.

Tercer lugar en el concurso de *Crónicas de un virus sin corona*, de la UACM. Cuarta semana.

Reyes sin corona

Vanessa Lizárraga Juárez

Es Domingo de Resurrección del año 2020. El año inició con la noticia de un nuevo virus que mataba gente en China. Es increíble que hayan pasado únicamente cuatro meses. El tiempo es una criatura extraña, el último mes ha sido abrumador. Los años nuevos suelen estar acompañados de ilusiones e intenciones de cambio. Este año el virus nos obligó a cambiarlo todo. No fue nuestra decisión, fue una imposición del sistema para protegernos. La cura para nuestra enfermedad fue el aislamiento, la distancia. Volvemos prisioneros de nuestros propios hogares, y esclavos del home office. En la desesperación, el cierre de las fronteras, para protegernos del enemigo; irónico: el enemigo llegó sin avisar a la puerta de todo el mundo. ¡Bendita globalización!

Los gobiernos olvidaron ponerle sangre de cordero a sus puertas antes de cerrarlas. El enemigo invisible había ingresado sin necesidad de pasaporte, las fronteras que los hombres crearon no impidieron su cruce, el enemigo llegó, sembró caos y muerte. En tiempos de guerra, ya no es necesaria la pólvora o el fuego, ahora se mata con el fruto de la ciencia. Los avances del hombre, el legado de la Ilustración a disposición de Maquiavelo. Morirán los desechables, los débiles, los vulnerables...los olvidados, desechos del sistema. No es así la ley de la selva. El más fuerte se come al débil. Ahora un virus doblega a los sistemas políticos y económicos.

Cuando volteemos a contemplar esta pandemia sabremos de las estadísticas, y según los estadistas los números no mienten. Sin embargo, mucha gente está muriendo por neumonía atípica, y así los números nos contarán otra historia, la oficial. Para algunos las estadísticas tendrán nombre y apellido, para otros únicamente será un suceso más en los periódicos. ¿Cómo se verá la crisis del 2020 en el futuro? ¿Cuál será el desenlace del mundo como lo conocemos?

¿Aprenderemos algo de la tragedia? ¿Existirá la normalidad después de todo lo acontecido?

Las cifras de los muertos siguen aumentando, ayer trece de abril, ya eran 212 países con enfermos del virus y 1, 737, 007 personas contagiadas en el mundo. En México 4,661; 70 en mi estado, y en mi ciudad, 47 casos positivos. Maldita fijación con el día trece, siempre regreso a los muertos ese día. El mundo sigue girando, pero para los privilegiados la vida puede seguir desde la comodidad de la casa. Mientras, allá afuera subyace otra realidad, la que deben vivir los que luchan por subsistir y pelear de frente con la dulce muerte. Acá, en las áridas tierras del desierto con destellos de sangre escarlata, el virus también paralizó todo. La fase dos de la cuarentena llegó con cuatro casos de contagio del virus en Ciudad Juárez, no habíamos llegado ni a la decena cuando el encierro llegó con la psicosis del centro del país. La vida se paralizó y de manera inaudita la cotidianidad de nuestra vida en la frontera quedó sesgada, ya no había más *shopping* los fines de semana.

Estados Unidos decidió cerrar el 20 de marzo de 2020 la frontera y con ello, mutiló la vida de las ciudades gemelas. En un gatopardismo *sui generis*, cambió todo, sin cambiar nada. Nosotros teníamos prohibido cruzar, y nuestras puertas seguían abiertas para ellos. Me embarga la melancolía hasta de ver los puentes sin automóviles y trocas; ellos también agonizan, ¿no es una función vital de un puente permitir el cruce de las personas? ¿Conectar y unir aquello que está separado? Ahora solo nos une el miedo y la muerte, el panorama para el vecino luce aterrador y fúnebre. La tierra del Tío Sam convulsiona; *the land of the free, is now the land of death. Welcome, Coronavirus! Freedom is over!*

Desde el cierre de la frontera, el canto matutino de los pájaros se desvanece por el aleteo de los pájaros de acero que resguardan la seguridad de Estados Unidos. Cómo olvidar que con la llegada de los migrantes su sonido interrumpió las mañanas del año 2018, y la ciudad se convirtió en campamento de migrantes y mexicanos desplazados por la violencia.

No obstante, la muerte acecha a aquellos que no queremos ver, aquellos que transitan entre el dolor y las sombras. Los marginados del sistema, aquellos que compraron la ilusión del sueño americano y que tuvieron que conformarse con ver el sueño a través de la ventana de las ciudades fronterizas. Bienvenido, Estados Unidos te abre los brazos, acaricia el halo de tu sueño desde la frontera más peligrosa del mundo con el programa *Migrant Protection Protocols*.

Así la vida continúa en tiempos del virus. Pareciera que nada evoluciona, antes la gente mostraba su xenofobia ante los migrantes por ocasionar retrasos en sus tránsitos a la vecina ciudad. Hoy, porque pueden portar el virus de los Estados Unidos; porque para nosotros el virus vino del norte. Los primeros casos detectados habían viajado a Europa y otros venían de Estados Unidos, el primer caso confirmado fue el día 17 de marzo de 2020, un joven de clase media, él ganó la apuesta a la muerte.

Sin embargo, a la aparente tranquilidad le siguió la tempestad. Por un momento creímos ser inmunes al virus, al 27 de marzo eran cuatro los casos confirmados frente a 21

casos de nuestra ciudad hermana. Se nos exhortaba a quedarnos en casa para evitar los contagios y así fue al menos dos semanas. Absurda petición para aquellos que viven al día. Ese día también se cerraron los accesos a los albergues de migrantes. Ante las medidas para mitigar los contagios y proteger a las personas fue necesario cerrar las puertas, esas que de manera emergente se abrieron para resguardar la crisis migratoria del 2019.

Lo peor estaba por venir, las deportaciones exprés dejaban en completo estado de desamparo a los migrantes, ya ni *Remain in Mexico* se les ofreció, una palmadita y regrese a su casa. Se lamenta que su casa esté en llamas, que su país haya cerrado las fronteras para protegerse. Abandonados y solos, con miedo, en el limbo. Sin un lugar para resguardarse, expuestos para morir. Sucesivamente los casos de contagio fueron aumentando, el primero de abril llegó la fase dos de dispersión comunitaria en nuestra ciudad y paulatinamente llegó la muerte.

La medida drástica, a la fecha ha evitado contagios al interior de los albergues y casos en la población migrante

que se alberga en ellos. No obstante, la misma suerte no la tuvieron los trabajadores de la maquila, espacios que se convirtieron en campos fértiles para cosechar muerte. Después de todo, la mano de obra siempre será reemplazable para el patrón, y más en una ciudad como la nuestra. Allí, en la boca del lobo, se contagió aquel hombre de 47 años, padre de familia que perdió la vida el día 6 de abril de 2020. Toda una vida de trabajar en la maquila, de aportar a un sistema de salud deficiente, para no poder acceder a un cuidado eficiente y a una muerte digna.

Los periódicos locales intentan ignorar la lucha de la clase trabajadora, pero allí hoy se gesta una lucha por la vida ante un sistema económico que minimiza la seguridad y el valor de la vida de los empleados de la industria maquiladora. Hoy 16 de abril de 2020, son 1,991, 552 los casos confirmados en el mundo; 5, 847 en México con 449 muertos. El estado grande tiene 117 casos confirmados, de los cuales 82 son de Ciudad Juárez. Son 22 los muertos en todo el estado, 20 de mi ciudad ¿cuántos serán empleados de la maquila? Las estadísticas dirían que el 90% de los muertos del estado

son de los hijos del desarrollo, ese que se nos prometió con la industria maquiladora, ese que no le llegó a la base de la pirámide.

La pobreza sabe a hiel entre los labios, mientras te aferras con el corazón entrecortado a la esperanza de que mañana será un mejor día. Dios se apiadará de ti y de los tuyos. Algunas personas serán noticia en los diarios y otros, solo números que enmarcarán la historia de la pandemia del siglo XXI. Nuestra gran pandemia es la desigualdad. El virus únicamente evidenció los efectos de la desigualdad, allí en el corazón de la muerte ¿quiénes fueron los que moraron?

Algunos morirán entre sábanas de algodón egipcio, otros en agonía, y para los más vulnerables que viven en la pobreza, será otro día más de invisibilidad ante un sistema indolente. La única certeza que tenemos en los tiempos de Coronavirus es que los reyes se han quedado sin trono, y todos jugaremos democráticamente en la ruleta rusa de la corona de la muerte.

16 de abril de 2020

Mención honorífica en el concurso de *Crónicas de un virus*
sin corona, de la UACM. Cuarta semana.

Del doctor y su labor

Guido Astolfi

(Para Frank)

«Ay doctor tengo mal de amor...

Y saca la nalguita...»

Bata Blanca sube al camión procurando no caerse. Su cubrebocas solo permite ver sus ojos oscuros. Con cuidado, alcanza a colocarse un poco de gel antibacterial de la botella que cuelga detrás del chofer. Dando tumbos intenta caminar hacia un asiento. A su paso, toda la gente evita, con un gesto de asco, que sus manos les roce. Por fin logra sentarse detrás de unas señoras con gigantes bolsas de mandado. Se cuelga unos audífonos, pero el ambiente en el transporte se tensa.

Cunde la pandemia por el COVID-19 en el mundo; las personas médicas asumen su posición de combate. De nuevo. Nace un clamor en las redes sociales: «Exijamos toda la protección que se les pueda dar. Son nuestra primera línea de defensa.»

Viaje al pasado A.C. (*Antes de la Cuarentena*) Orgullo familiar de mediados del siglo XX: contar entre sus miembros con un abogado («*Nunca se sabe cuando uno vaya a parar en la cárcel*»), un contador («*Nunca se sabe cuando salgan mal las cuentas*»), un licenciado en lo que sea («*Nunca se sabe cuando se necesite presumir de algo que bien a bien no comprenda*») pero sobre todo un médico.

¡Que bendición supone un médico en la familia!: alguien que nos dé consultas a cualquier momento («*Mijita, deja de andar bailando en esta fiesta para que le respondas cómo puede hacer el tío Toño para bajar de peso sin hacer ejercicio*»), gratis («*¡Ay mijo es que es para la familia, tu tía Conchita!*»), recetas como si fueran dulces («*Es que tu abuela Martita necesita esos ansiolíticos para su presión*»), importunarles momentos de distracción y recreo («*Mija deja al novio tantito*

y ven a ver a tu prima que se ve como pálida y con ojos rojos, como que está muy borracha») e incluso horas de la madrugada («Es que mi papacito, tu sobrino, el más pequeño de tus sobrinitos se siente bien malito de su panza»).

¿Qué hay de las personas médicas para sus adentros, que viven en un hostilísimo ambiente de trabajo en condiciones francamente deplorables? ¿Que se lo traguen y si no les gusta que lo escupan! Total, para eso juraron como Hipócrates consagrar su vida al servicio de la humanidad. Total, ellos son médicos, no necesitan salud mental.

El proceso para ser médico es totalmente agresivo. La prueba de admisión universitaria exige los más altos puntajes. Una vez dentro de las facultades, los años están plagados de tareas, prácticas y exámenes en facultad y clínicas plagadas de sistemas burocráticos y presiones laborales (aun cuando sean simples estudiantes) que llegan a imposibilitar acciones típicas juveniles y demandan calificaciones notables. El calvario de la titulación incluye flagelo de tesis, alto nivel académico o examen general de conocimientos en los cuales no se juegan cosas simples: van seres, historias hu-

manas, familias de por medio. Alto nivel de exigencia para quienes deben velar por la raza. En sus manos está la gigantesca partícula del universo: la vida.

«¿Vió Consuelito? Se limpió las manos pero me da miedo de que me vaya a pegar algo de lo del virus» comenta a grito abierto una de las señoras con bolsa de mandado. «¿Y si le decimos que se baje?» comenta a voz tan baja que todas las personas le escuchan. Bata Blanca ni se inmuta. La compañía de Consuelito busca con la vista a quien le secunde en su moción Es tan tenso el ambiente que se puede cortar con un bisturí.

Entonces la realidad les abofetea: *«¡Doctor, no se vaya a comer por favor! Es que mi hija está muy malita, por favor».* Ingratitud que golpetea todo lo que toca: gritos, empujones, amenazas por algo que no siempre está en sus manos: la salud propia o de un ser querido. Pero ¿Qué ha hecho el ser por procurar su bienestar? *«Me trae 11 tacos con todo y su crema, salpique chorizo y queso panela con unas rajitas rete delgaditas capeadas en huevo en manteca refritas, gorditas,*

frijoles, arroz, guacamole, totopos, bolillo y una orden de mole y para mi postre... con una Coca Light por que ando malo de la diabetes». No olvides la paciencia y cortesía, doctor.

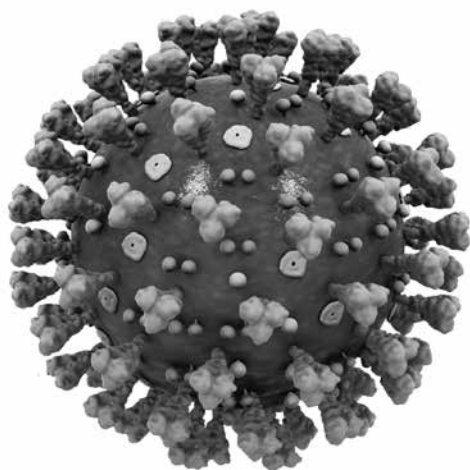
En medio de jornadas extenuantes y continuas, llega el brazo largo del Estado que proporciona salarios irrisorios para quienes están de planta y ayudas de pena ajena para quienes realizan su servicio social en este rubro. Ríe, doctor, ríe: transmuta tu tristeza en profesionalismo. Paga tú los materiales que usas para curar a tus pacientes. Resiste los reclamos por los desabastos de materiales y medicamento. Transforma en bromas la congoja y el llanto; en una mueca los sollozos y el dolor.

Doctor, doctor, ante el Covid tú eres mi salvador. ¡Que sexies son las personas en bata de médico! Claro, más si son de la red de hospitales Angeles. Fetichismo por las batas blancas, pero abandono en cuanto no tienen todo el tiempo que se requiere para una relación. Doctor, doctor, de Simi eres trabajador. ¡Que oso caer en las farmacias del bigotón, pero cómo alivian el inesperado dolor, más cuando no tienen dinero!

Nuestra primera fila de defensa: Médico curtidos y heroicos, cuya labor se nos olvida a la menor dolencia. Pandemia, hazles tú la revolución. Revolución, dales tú la justicia. Estado, otorgales tú un digno sueldo. Paciente, entregale el respeto que se merece.

El camión llega a su destino. Todas las personas descienden con rapidez, a excepción de Consuelito y compañía quienes se atorán por lo pesado de sus bolsas. Estas dificultan la salida de Bata Blanca, quien toma un poco más de gel antibacterial y les ayuda a bajar sus bolsas. «Oiga, no me las agarre, me vaya a infectar» le espetan. «Señora soy optometrista, no soy doctor. No he tenido contacto con hospitales ni pacientes. Al igual que usted estoy en cuarentena» responde. «Pus» es que oiga, asusta. De todos modos ni se me acerque se inconforma la dama. «Y a mi me asusta más su prejuicio y discriminación, señora» le dice Bata Blanca mientras se esfuma con rapidez entre la poca gente en la calle.

GUIDO ASTOLFI (CDMX) es Licenciado en Comercialización Internacional por la ETTA - ESCI con especialidad en Tráfico y Tramitación Aduanal. También es egresado (próximo a titularse) en Relaciones Internacionales por la Facultad de Estudios Superiores Acatlán de la UNAM. Ha dedicado su experiencia profesional a sus pasiones: Juventudes, Derechos Culturales y Derechos Humanos LGBT+. Ganador del prestigioso premio Manzanilla Grisi al «Mejor cantante de regadera» otorgado por su cepillo de dientes. Cadáver, sombra, polvo, nada. Lo demás, un misterio.



Crónicas recomendadas
para su publicación
por el jurado de la
cuarta semana
del Concurso

Crónicas de un
virus sin corona

La existencia es el tiempo

Verónica Alvarado Hernández Rojas

Ahora damos cuenta de que el tiempo no es sólo el telón de fondo de la existencia, es lo que le da sentido. La existencia es el tiempo. ¿Cómo no saberlo ahora, en estos días, cuando se ha encarnado en imágenes, palabras y símbolos en nuestro propio cuerpo? El afuera se nos interioriza ahora de manera consciente, porque ante la espera de seguir esperando, dilucidamos esas imágenes, damos cuenta de cuánto dura una hora, una mañana, una tarde y una noche, damos cabal sentido a cada uno de sus instantes. Cuántos de esos instantes dejábamos pasar sin escudriñarlos.

De tanto observar la naturaleza desde la ventana entendemos su trama, las historias que guardan el cielo, las aves y los árboles. Nos aproximamos a los relatos del movimiento urbano. Ahora comprendemos un poco a los poetas. Y aunque antes percibíamos el tiempo lleno de contenidos fluidos

de vivencias y cambios del día a día, el tiempo ahora se nos viene encima, las vivencias son otras, otro su contenido.

Nos detiene un objeto o varios en su contemplación, los objetos se tornan un lugar o varios de reflexión, se analizan sus formas, se proyecta sobre ellos. La memoria trabaja en recuerdos y recuerdos para los que no había tiempo de recordar. Miramos de otra manera el mundo, lo escuchamos muy otro. El oído se afueriza con ruidos en casa o en la calle que nunca antes percibimos y ahora son cotidianos, se extrañan cuando no se oyen. El oído se interioriza para ruidos muy dentro que tampoco conocíamos, sonidos emocionales, voces íntimas.

Reflexionar, ver y oír son devenir, cuánto tiempo he pensado en silencio, cuánto tiempo pasé mirando todos estos días el nido de un ave que se construyó en un cactus, lo que nunca hubiese descubierto en días normales.

El agua y nuestro ser cotidiano nos recuerdan la gran metáfora heracliteana, nadie hoy, nadie mañana, nadie pasado mañana. Nadie dos veces. No seremos mañana lo que hoy. Aunque enrarecido nuestro ritmo, fluye, como el goteo

del agua. Ahora entendemos que racionalizar la vida es racionalizar el tiempo.

Tendemos ahora a racionalizar el espacio breve en que caminamos, los rincones, las figuras de los mosaicos, nuestras acciones, los días de la semana, el uso de los dispositivos y sus contenidos, creamos archivos que nunca olvidaremos por lo que ahora vivimos. Ponemos horario a las llamadas, video llamadas, horas de lectura, limpieza de los pisos, los objetos y el amor. Convivimos más que nunca con nuestro cuerpo, al que en otras cotidianidades a veces olvidamos. Añoramos muchos momentos del pasado. Parecemos rehilletes pensando insistentemente en el futuro, el pasado y el futuro. El presente es la existencia, es el tiempo.

Es verdad, el ser humano no hubiera inventado el reloj si no supiera de la muerte. El tic-tac se atrasa o adelanta pero siempre mide, racionaliza, objetiviza los instantes. El tiempo de hoy nos da tiempo para pensar dilemas, muerte como finalidad existencial o muerte como terminación de un ser orgánico, ambas se tornan una inquietud metafísica en estos días.

Ante la trama de la existencia actual, el concepto de planeación es un sinsentido, ninguna proyección que edificar, sólo los múltiples posibles. Y nos pesa que el tiempo nos haga esta jugada, nos atraviesa la duda de qué es entonces el tiempo si no se le racionaliza. Nos pesa no lograr acotar el futuro. Nos pesa pensar lo que decía Antonio Machado: *no hay cimiento ni en el alma ni en el viento*¹, pero eso es el tiempo.

¹ Machado, A. «Campos de Castilla» CXXVIII en *Obras, poesía y prosa*, Losada, Buenos Aires, p. 213.

VERÓNICA ALVARADO HERNÁNDEZ ROJAS. Estudió la Licenciatura en Filosofía en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Iztapalapa. Estudió la Maestría en Filosofía en el área de Estética en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Estudió el Master en Estudio y Gestión de Arte Contemporáneo en la Cámara de Toledo, España. Desde el año 2007 es profesora investigadora de tiempo completo en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), ha pertenecido a las academias de Identidad, Conocimiento y Aprendizaje, Cultura Científica y humanística y actualmente a la Academia de Filosofía e Historia de las Ideas. Su área de trabajo en docencia e investigación se ha desarrollado en torno a la relación Arte-educación, Estética, Filosofía del arte y arte contemporáneo.

Mobilis In Mobili

Antonio Pérez Martínez

Ollin Tonatiuh, el Quinto sol: sol de movimiento. Nos correspondió coexistir en la era en que el movimiento será determinante en el devenir de la humanidad: destrucción y reconstrucción, cambio de paradigmas hacia una nueva era; pero este movimiento puede no ser manifestación cinética visiblemente devastadora de nuestra madre tierra (macro), si no de las más pequeñas y, visualmente, imperceptibles estructuras moleculares (micro) en transformación del ser humano.

18 de febrero por la tarde. Sufro un accidente que me provoca fractura distal del radio derecho. El dolor físico no es tanto como la impresión al ver la deformidad de la muñeca y de mi mano. Marco al celular de mi esposa mientras me traslado en taxi a urgencias. Las noticias en la radio: se han confirmado 72 528 casos de COVID-19 en China y en

804 ciudadanos del resto del mundo. No es un país, sino una mole de acero en movimiento en aguas oceánicas el lugar con más casos de infectados de origen no asiático: un crucero varado en aguas japonesas con tripulantes de distintas nacionalidades. Mi caso, con todo y el dolor físico y la inmovilidad de mi brazo, no es tan preocupante como el terror de los viajeros del Diamond Princess, con el virus en movimiento como indeseable pasajero.

19 de febrero, me visitan familiares de mi esposa, preocupados por mi estado, pero no me encuentran, estoy a varios kilómetros desplazándome con mi hijo y su novia, dispuestos a presenciar un concierto al que fui invitado y del que pude conseguir un par de boletos más. El yeso en mi brazo no es impedimento para continuar con mi vida y no quiero que un tubo intruso en mi extremidad derecha afecte mi bienestar. El COVID-19 aun no llega a México, la vida del país continúa con normalidad. En Japón, algunos pasajeros del Diamond Princess ya han sido evacuados y trasladados a sus países de origen... con todo y virus. Hay varios visitantes americanos en Europa y Asia, también los hay de origen

chino en Europa, sin embargo aún hay dinamismo, en tensa calma, en el viejo continente.

22 de febrero. Decido practicar algunos arpeggios en guitarra. Es muy incómodo, pero mis dedos deben ejercitarse un poco para ayudar a la circulación de la sangre y recuperar movilidad. La circunstancia de mi brazo me obliga a romper el ritmo de mi existencia. Sigo presentándome en mi trabajo, pero estoy exceptuado de varias actividades. Sin proponérmelo, ahora descanso y paso más tiempo con mi familia, en contraste con mi intensa forma de vida. No se los había dicho, pero soy músico: el acordeón se ha convertido en una extensión de mi cuerpo y aliado de mi voz en mi estabilidad emocional y la estabilidad económica de nuestra familia, pero no lo podré tocar por lo menos dos meses. Pareciera que la vida me está preparando para algo. En Italia el COVID-19 cobra su primera víctima.

26 de febrero. Coincidentemente, mi hermano mayor, pintor radicado en el estado de Veracruz cae de las escaleras de su casa y sufre una fractura similar a la mía, pero en el brazo izquierdo. También es enyesado. El COVID-19 hace

acto de presencia en América, con varios casos en Estados Unidos y el primero en Brasil. Muchos de nosotros no creemos en el peligro que representará para México, lo comparamos con el brote de influenza H1N1 de 2010 y hacemos mofa de él: «A mí el coronavirus me hace los mandados». No pensamos que días después, nos encerrará en nuestras casas y paralizará la actividad económica de varios sectores en algunas ciudades y comunidades del país.

4 de marzo. Después de 15 días, he sentido cierta adaptación a la existencia del yeso en mi brazo, sin embargo, no he podido trabajar con mi grupo. Extraño la música, además de que la falta de esa fuente de ingresos me limita en demasía. Un caso de feminicidio colma los medios de comunicación: el secuestro, tortura física y asesinato de la niña Fátima exagera los movimientos feministas que, ya de antemano, se preparaban para salir a las calles en vísperas de la conmemoración del Día Internacional de la Mujer. En México hay ya cinco casos de COVID-19, todos ellos importados, sin embargo, lo que prolifera en los medios de comunicación es la marcha feminista del 8 de marzo y el debate sobre

el paro denominado «Un día sin mujeres». El machismo se hace presente en las redes sociales, reafirmando —contrariamente a su intención— la legitimidad de la movilización feminista.

6 de marzo. Mi sobrino, estudiante del Benemérito Conservatorio de Música de Puebla, me invita desde fines de febrero a participar en un concierto en memoria de los estudiantes asesinados en febrero en Huejotzingo; se interpretará el *Requiem* de Mozart, con músicos y coralistas voluntarios de varias instituciones musicales poblanas. Me solidarizo y, bajo presión de tiempo, me traslado hacia la Facultad de Medicina de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Cuando llego, el concierto ha iniciado, pero me integro a cantar todavía una parte del *Requiem* y el Coro de esclavos de la Ópera *Nabucco*. El viaje me sirve para ejercitar los dedos de mi mano —aun hinchada— hasta lograr unir el índice y el medio con el pulgar. El COVID-19 es un ente en movimiento en Asia, Europa y América.

Noche del 6 de marzo. La intervención musical en la Facultad de Medicina de la BUAP es muy emotiva y representa

la culminación de una serie de movilizaciones estudiantiles pacíficas en reclamo de paz y seguridad para el Estado de Puebla. Paradójicamente, después de cenar y tomar una cerveza, mi sobrino y yo somos despojados de nuestros celulares; la condición de mi brazo me impide oponer resistencia al asalto, por mi propia integridad física. Comprobamos en carne propia la causa por la que nos manifestamos en la tarde. En los noticiero se confirman seis casos de infección de COVID-19 en nuestro país, mexicanos que habían viajado a Europa por diferentes causas e importan el contagio: «*Mobilis in mobili*» —recuerdo la lectura, en mi infancia, de Julio Verne—, un móvil actuando dentro de otro ser en movimiento; en el caso del artefacto del Capitán Nemo, destruyendo cuanta embarcación inglesa encontraba a su paso, en venganza contra el imperio inglés, en el caso del virus, moléculas que destruyen al ser humano y transforman la percepción sobre sí mismo, representando, acaso, el reclamo por la destrucción, perpetrada por nuestras propias ambiciones materiales, de la coexistencia armónica en este pedazo de universo en movimiento: *Ollin Tonatiuh*.

ANTONIO PÉREZ MARTÍNEZ. (Fortín de las Flores, Veracruz. 1972). Profesor de Educación Artística. Pasante de la Licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública, por la FES Acatlán (UNAM); con estudios musicales en el Conservatorio Nacional de Música. Compositor de la letra del Himno de la Escuela Militar de Enfermería y ganador del primer lugar en el Concurso de composición poética al LXXX Aniversario de esa misma institución. Integrante del Coro de la Ciudad de México (tenor) y ex integrante del Coro del Ejército y F.A.M. y del Coro de la UACM (voluntario).

A la sombra del Charal

Félix Huerta

El Viche siempre estuvo ahí, esperando para encajarme los ojos de perro hirviente. Yo, tonto, caí redondito al desfiladero de su rabia. Pero, ¿quién podría culparme? Apenas mis manos pisaron la tierra y el polvo seco se me fue a los sueños.

La contingencia recién empezaba, en aquellos días no había toque de queda y podíamos transitar sin dificultades de un pueblo a otro para saludar o sólo ir por provisiones. Un par de amigos y yo nos juntamos para visitar a Diegos en Totolapan —un pueblo a casi una hora de mi casa—, la cosa sería así: llevaríamos carnita, quesillo, tlayudas y carbón; nos iríamos al río y estaríamos un rato platicando de los viejos tiempos mientras nos hacíamos unas tlayudas y nadábamos. Nada serio para estar en una pandemia porque para ser sinceros,

era la primer vez que nos reuníamos en casi un año y teníamos mucho de qué hablar. La contingencia no tenía tanto sentido ni se dejaba sentir como ahora.

Mando pasó por mí como a medio día, tomé mis cosas y salí dando brincos mientras la puerta se cerraba con el croar de la ranita en la entrada. Subí al Xulo, un tsuru rojizo que siempre he querido pintar de naranja porque pues nomás, taría bonito. Recogimos al resto y aceleramos rumbo a Toto, éramos niños salidos al recreo luego de una clase de mate.

En el camino la estepa se levantaba enorme y un calor meloso te invitaba al sueño. Parece increíble cómo en un paraje desolado, azotado por el calor y el viento, puede crecer tanta vida y tantos colores. Una a una se dibujaban las fábricas -que de industrial nada, pero de vida todo- de mezcal y el aroma era a maguey cociéndose mezclado con excretancias de caballo y burros, je, somos una comunidad muy rural a veces. Volteé al asiento trasero y vi dos cuerpos arropados por el bochorno primaveral, oleadas y oleadas de calor entraban por la

ventana para rehacerse en el aliento y, adelante, sólo carretera y estepa llena de su magia.

Entonces emergió como un rayo en el camino, no puedo justificar bien el por qué, pero mi mirada fue a posar directo en eso como una mosca en telaraña tornasol. Fui cautivado: «Hazaña y prueba de que aquí yació el Viche Varela». Las palabras se deslizaron como una limonada —llena de pistooooooooo— en la playa, degusté cada maldita gota de baba que las pronunció. E L V I C H E V A R E L A, así, porque los espacios son infinitos y las rayas efímeras. Incluso llegué a pensar de que la lápida ni siquiera existió y que el sonido articulado no era más que el invento de una mente ociosa, una sombra en donde la memoria posó por un instante.

Las cruces a orilla de carretera son «normales» —en cuanto normal es la violencia—, pero una lápida que ni roza la carretera no lo es para nada. Metido en el paisaje como un buitro reposando su carroña, el armatoste este me aguardaba, aguardaba cruzarse con mi mirada y mi mirada no pudo sino ceder ante el atisbo de su grande-

za. Y la grandeza se hizo de concreto setentero. Reconocido el tiempo por su tipografía, y por el lujo de esos años a quienes sólo dos cosas reconocen: Apellido o droga, una bien emparentada con la otra.

De pronto caigo a la cuenta de que el pueblo al que íbamos no es sino el mayor punto de droga en todo el Valle. Íbamos a tierra de nadie, pero de Don Todo. Una tierra asolada por la sequía y el ejército, pero tan llena como eso del color en las ramas y sus cocos. Verde que te quiero verde. Nada más entrando al pueblo el ambiente se densa. Un retén militar para ingresar —guachos asándose, imperturbables ante el sol y masticando chicles rosa de los bubbaloos en donde sus miradas no sino el negro de los lentes y la bala que te encañonan— con la gasolina a 15 varos el litro. Todos los carros son redilas y todos plantan, sabrá Dios qué. Un trago como gargajo amargo y añejado se me desliza, de mi boca sólo: «Wenas tardessssss» y una jesuseada pal susto.

Retomo esto de que la «lápida» es antigua. Hace unos años, allá de por Don Fox o Calderón, en toda esta zona

muchos apellidos se dieron a conocer y muchas bolsas aparecieron con blanco y rojo en ellas —mire usted qué bonita bandera nos acabamos de pintar—, pero aquí nunca pasa nada, es más, aquí uno ni siquiera estuvo. Lo mismo con El Viche si su lápida no fuera de la gloria de años pasados y su memoria no fuera sino el respeto de la sangre. Días después me enteré que el dueño del nombre fue un popular pipero que se estampó en la curva, por lo que dicen, fue todo un rockstar de estas tierras. «Dios se los lleva tan pronto», oí decir a una tía, yo creo que a unos no se los lleva porque le faltan huevos... 2006. Grábate esa fecha: el infierno se desató en Oaxaca, pero eso ya será para otra crónica.

No me di cuenta cuando cambiamos de carro y llegamos al río para montar las cosas, mis amigos dicen que yo estaba acomodando todo. Creo que me puse en automático, a veces las lagunas tienden a salvarte o por lo menos no te joden tanto. Las tlayudas desaparecieron más rápido de lo que tardamos en cocinarlas y ya con la panza llena, nos consagramos a recordar los viejos

días. ¿Pa qué te la hago más larga? Terminamos ebrios y llorando. Tres amigos se irían a las brigadas de salud para atender enfermos de coronavirus, metieron la solicitud el día anterior y ya se las aprobaron: «Seremos sinnombres en la historia, pero también sus pilares»; otro amigo sería papá para Junio y entre grito y llanto dijo: «Mando, dime que mi hija nacerá en un buen ambiente, que no será afectada por el coronavirus y que crecerá sana junto a sus padres y abuelos...» Todos nos callamos porque ¿qué carajo le dices a tu mejor amigo cuando el consuelo es una utopía? Y encima te sabes que la utopía no es sino las migajas de tus sueños. Un asco, chaval, un asco. Entonces me cayó el pedo, la lápida del Viche era el presagio para contar la historia de los sinnombres y que ese sería el nombre con el que lo haría.

Empezaba a oscurecer cuando ya regresábamos a casa. Me dormí y entre sueños imaginé que abrazaba una última vez a todos mis amigos. Fue bonito y quiero volver a hacerlo.

P.D: Un charal es un pescadito como de 8 cm que se asa, debes asar muchos y funcionan a manera de botana. Unos dicen que sabe rico, pero yo sigo creyendo que tienen un olor muy peculiar, como a muerto ahogado.

(Neo Viche Varela)

FÉLIX HUERTA. Poeta y Dinamitero del estado de Oaxaca. Influenciado por los conflictos bélicos del 2006 en el estado, decido escribir para no olvidar. Mi vida da un tumbo cuando veo a mi profesora de primaria cargar con piedras en el morral para arrojarlas a los policías que nos disparaban; comí y crecí entre barricadas. Nunca he querido publicar mi obra, pero decido concursar a manera de ensayo por lo que viene. ¿Qué más? Tengo 23 años, aunque recientemente he descubierto que ya viví en otras eras. Soy más que un paisajista de la destrucción, las flores y el canto de mis hermanxs. Me gustan las flores y el amarillo es mi color favorito. Ah, curso la carrera en Creación Literaria y cuando me muera quiera ser un caracol

Índice

Crónicas ganadoras

5 UN DÍA MÁS ES UN DÍA MENOS

Jesús Alberto Prieto Luna

13 UN SUEÑO COLECTIVO

Fernando Márquez

17 REYES SIN CORONA

Vanessa Lizárraga Juárez

25 DEL DOCTOR Y SU LABOR

Guido Astolfi

Crónicas recomendadas para su publicación por el jurado

35 LA EXISTENCIA ES EL TIEMPO

Verónica Alvarado Hernández Rojas

40 MOBILIS IN MOBILI

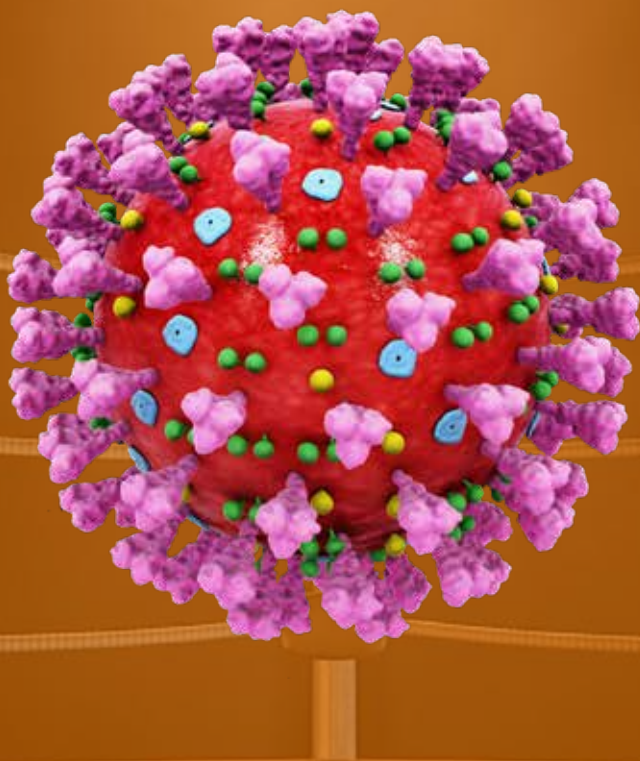
Antonio Pérez Martínez

47 A LA SOMBRA DEL CHARAL

Félix Huerta



Cultura Viva enCASA



UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno

Cultura
UACM


PUBLICACIONES